

La Tumba de Sargerass

Escrito por Robert Brooks

Segunda parte: Viejos amigos

La voz de Maiev Cantosombrío era fría. —¿Has acabado, archimago? —preguntó.

—Casi.

El tiempo se acababa. Khadgar envió al último elemental con unas instrucciones sencillas.

—Encuentra a Gul'dan.

La criatura en forma de lágrima y compuesta de energía arcana se alejó flotando. Otros ensamblajes similares serpenteaban ya por toda la isla, de costa a costa, inspeccionando las sombras. Lástima que no fueran lo bastante fuertes para un combate de verdad, pero, cuando alguno de ellos fuera destruido, Khadgar lo sabría al instante.

Unos minutos antes, Khadgar había sentido un atisbo de corrupción, pero esta había cesado. Si Gul'dan había estado cerca, probablemente se había retirado. Una lástima.

—Listo. Mis disculpas, Celadora. Bueno, hablemos de nuestra búsqueda.

—Tu búsqueda. No la nuestra —dijo ella.

—Ah, ¿así que las vigías ya no se preocupan por los intrusos? Es bueno saberlo.

Khadgar mantenía un tono desenfadado.

—Si Gul'dan es bienvenido, entonces no tengo nada de qué preocuparme...

A Maiev no le hacía gracia. —Si es que Gul'dan está aquí...

—Está aquí —afirmó Khadgar.

—Si lo está —repitió Maiev—, nos encargaremos de él. Después de hablar de tus fracasos en Draenor.

—¿Disculpa?

—Te prestamos a una vigía. Una hermana leal e incondicional que se había distinguido una y otra vez —comenzó.

—Maiev...

—Pero, al cabo de unos pocos meses a tu lado, se volvió una traidora. ¿Por qué, Khadgar? ¿Qué hay en ti que la llevó directamente a la Legión Ardiente?

—Pregúntaselo a Cordana cuando la veas —dijo Khadgar con toda la calma que pudo. La acusación de Maiev y hundirle un cuchillo en el pecho eran lo mismo—. Sin duda podrás sonsacarle una respuesta. No estoy aquí por eso.

—Nos enviaba informes, Khadgar —dijo Maiev—. Cordana tenía dudas sobre tu criterio. Serías dudas.

—No hay tiempo...

—«Imprudente. Arrogante. Impreciso. Obstinado. Reacio a aceptar consejos...». Y esas fueron solo sus primeras impresiones. —Maiev y sus vigías permanecían inmóviles, con gesto severo, un muro de desaprobación tras el cual no traslucía otra emoción—. Tal vez hayas cambiado con los años, Khadgar; pero sonaba muy familiar.

—Si quieres hablar de errores del pasado, podemos hacerlo —dijo Khadgar—. Solo tardaremos unos meses en repasar los míos. Y unos cuantos más con los tuyos. —Los ojos de Maiev se estrecharon, pero Khadgar continuó—. Eso podemos hacerlo luego. Pero ahora mira al sur. —Señaló al océano—. Seguro que tus vigías han visto humo en el agua. Es lo que queda del barco que Gul'dan robó. Lo quemó, junto con todos los que iban a bordo. —Los últimos restos de humor habían desaparecido de su voz—. Gul'dan está aquí, y empezaráis a encontrar cadáveres muy pronto. —Khadgar vio cómo las vigías se miraban unas a otras—. Ah... Ya lo habéis hecho. ¿Alguien importante?

Los ojos de la Celadora se clavaron en los suyos. —Unos cuantos caídos de la noche. Enviamos a Cordana contigo para evitar este tipo de desastres.

—El verdadero desastre aún se puede evitar. La historia no se va a repetir —dijo Khadgar—. Este Gul'dan no sabía cómo llegar hasta aquí. Ni siquiera decidió por sí mismo cruzar la Puerta Negra. Alguien guía cada uno de sus pasos.

—¿Por qué? ¿Adónde? ¿La Tumba de Sargerass? Está vacía —dijo Maiev—. Ner'zhul se llevó parte de su poder; e Illidan, el resto.

Khadgar negó con la cabeza.

—Maiev. Tú sabes lo que quieren sus amos: una puerta abierta a Azeroth. Ya intentaron crear una allí. Quizás quieran volver a intentarlo.

—Eso no es posible.

—No para ti o para mí —dijo Khadgar—. Pero la Legión no invertiría tanto esfuerzo en una empresa inútil. Gul'dan está aquí para reclamar la tumba en su nombre. Ayúdame, Maiev, tú y tus vigías. Juntos podemos detenerlo. ¿Acaso no es ese tu deber?

Maiev contempló a Khadgar sin pestañear. Transcurrieron unos instantes.

Entonces tomó una decisión.

—A mí —ordenó—. Sus vigías se reagruparon al momento. Las órdenes brotaron con rapidez. —Reunid a todo el mundo en la Cámara del Traidor. Quizás debamos trasladar todo lo que hay dentro.

Khadgar se quedó sin habla.

Las tropas de Maiev saludaron y respondieron al unísono. —¡Sí, celadora Cantosombrío! —Sin vacilar, salieron a toda velocidad para desaparecer por el sur. No hacia la tumba, sino en dirección opuesta.

Khadgar no dijo nada. No podía. Maiev acababa de ordenar a sus vigías que se fueran. No iban a ayudar. —Maiev, ¿qué haces? —preguntó al fin.

Maiev se volvió hacia Khadgar. Ya sin sus subordinadas, sus palabras cayeron como un martillo sobre un yunque. —No lograste detener a Gul'dan en Draenor, y no has logrado detenerlo aquí. Robó un barco, ¿no? ¿Tan difícil es para un cuervo rastrear un lento navío de vela? Toda una marea de fracasos.

Khadgar no creía lo que oía. —Tenemos nada menos que a la Legión Ardiente en contra. No sabes a qué nos enfrentamos en Draenor —dijo.

Pero Maiev no había acabado. —Gul'dan navegó hacia las Islas Abruptas antes de que lo localizaras. ¿Y luego qué? ¿Un fuegucito le permitió escapar y llegar hasta aquí a nado?

Un fuegucito.

Había sido un buque mercante, con muchos pasajeros a bordo. Cuando Khadgar descubrió el barco, Gul'dan había apilado en cubierta los cadáveres resecaos de los adultos y había alineado a todos los niños creando un escudo humano para protegerse.

Y entonces, con una sola chispa de fuego vil...

El recuerdo llenó a Khadgar de ira, y habló sin pensar. —Lo olvidaba. Tú nunca has sufrido estos reveses. Dime una cosa: ¿a cuántas de tus hermanas dejaste morir durante tu persecución de Illidan?

Se hizo un silencio absoluto en la pradera. A cada segundo crecía el abismo entre ambos.

Cuando Maiev respondió, fue tajante.

—Cualquier ayuda que te brindara sería un desperdicio. Además, te equivocas. En la tumba no queda nada. Cualquier vestigio de poder que hubiera se encuentra ahora en los restos de Illidan, en la Cámara. Ese sería el auténtico objetivo de la Legión, y es allí adonde Gul'dan iría. Así que mi deber me obliga a ir allí a detenerlo —dijo.

Khadgar reprimió una respuesta dura. Realmente necesitaba su ayuda. —Celadora Cantosombrío —dijo, casi suplicando—, tú conoces la tumba. Yo no. Puede ser una ventaja decisiva.

Maiev se dio la vuelta. —Buena suerte, archimago. Cuando comprendas tu error, me encontrarás en la Cámara. Tenemos mucho más de que hablar. —Y se fue tras sus vigías.

Khadgar no la llamó. —Que así sea —dijo en voz baja. En cuestión de instantes, Maiev ya se había ido y Khadgar volaba por el cielo en forma de cuervo. Sobrevoló en círculo los restos del naufragio, intentando sentir a Gul'dan. No pudo. Solo sentía la presencia de los caídos de la noche escondidos. O Gul'dan había encontrado un modo de cruzar la bahía hasta Thal'dranath, o había huido al norte, hacia Suramar y Monte Alto. Una de esas dos posibilidades implicaba mucho más riesgo, así que Khadgar viró en mar abierto para dirigirse hacia la tenebrosa isla en la que sobresalía una antigua estructura abandonada.

Por primera vez en años, tal vez décadas, se sintió desesperado. Ni siquiera al lanzarse por el Portal Oscuro en una misión suicida había sentido tal pavor. Por aquel entonces, el objetivo de la Horda de Hierro era claro: la conquista. El fracaso de Khadgar le habría supuesto la muerte. Incluso el éxito podría haber requerido el sacrificio supremo. Había cierta paz en ello. Pero la Legión Ardiente... Khadgar la había estudiado durante mucho tiempo, y aún no había averiguado sus auténticos propósitos. Para la Legión, someter Azeroth solo era un medio para un fin. ¿Qué venía después de esclavizar o incinerar a toda criatura viviente? No lo sabía. Y temía la respuesta.

Esa era una de las razones por las que se había centrado en Gul'dan cuando estaba en Draenor. Podías aprender mucho de la forma en que tus oponentes movían sus peones.

«Y probablemente la Legión haya lanzado a su peón directo a la Tumba de Sargerass», pensó Khadgar. Maiev tenía razón en parte: el lugar había sido despojado de cualquier cosa útil mucho

tiempo atrás. El Kirin Tor había eliminado a los nagas que quedaban, y los artefactos de poder restantes, por escasos que fueran, habían sido puestos en custodia de las vigías. Se habían dispuesto cerrojos y resguardos arcanos por toda la estructura, lo bastante fuertes para mantener a raya a ladrones, aventureros y agentes siniestros.

Haría falta un individuo muy motivado y poderoso para colarse. O sea, que Gul'dan apenas tendría problemas. Khadgar tenía que averiguar cómo planeaba entrar...

¡BUM!

«Bueno... Misterio resuelto», pensó. El ruido lejano y sordo llegó a sus oídos justo antes de que la onda expansiva agitara el aire. Sus ojos de cuervo giraron hacia abajo, hacia la isla de Thal'dranath, mientras el viento parecía temblar en torno a sus alas. Una nube de polvo se elevaba sobre la Tumba de Sargeran. Se lanzó hacia ella.

La entrada estaba en ruinas, totalmente destruida. Khadgar descendió describiendo una espiral mientras las plumas se transmutaban en carne y pelo cano, y sus flexibles garras crecían hasta tornarse pies calzados en botas de suela blanda. Sucedió en un instante, como siempre. De los trucos que había aprendido de su mentor, aquel seguía siendo su favorito. Al tocar el suelo, extendió los brazos para despejar la persistente niebla de polvo y piedra pulverizada. Todas las barreras — mágicas y físicas— que aislaban la tumba del mundo habían desaparecido. Solo quedaban residuos de energía vil. Aquello era obra de Gul'dan.

Khadgar se quedó quieto. Escuchando. Sintiendo. Notaba el hormigueo distante de la magia vil. Gul'dan ya estaba dentro. Ya estaba manos a la obra.

Sería sumamente arriesgado cargar en solitario, y tardaría demasiado en registrar cada corredor de la tumba uno por uno. El interior era como un laberinto. No había un modo sencillo de seguir los pasos de Gul'dan.

A menos que...

No. Era una idea estúpida.

Khadgar inspiró hondo. Espiró. Seguía siendo una idea estúpida. Pero no se le ocurría nada mejor.

—Está bien —dijo en tono sombrío—. Más vale ponerse a ello.

Khadgar corrió al interior y recibió una bofetada de dolor al instante. Una poza oscura se abrió bajo sus pies y unos abisarios gemebundos extendieron los brazos desde el otro plano de la existencia y le agarraron las piernas; su gélido tacto quemaba, su fuerza era capaz de triturar huesos. Khadgar soltó una explosión arcana contra sus caras amorfas y se liberó a duras penas.

La trampa de Gul'dan había fallado. Su primera trampa... Habría muchas más, claro. —Y eso es bueno—murmuró Khadgar. Cuando encontró una sala con corredores que se ramificaban, lanzó energía por cada túnel.

En el túnel de la izquierda estalló en llamas. Perfecto.

Khadgar se desvió a la izquierda y se abalanzó a través de las llamas. A unos cien metros había otro cruce. Esta vez fue el túnel del norte el que relució. Khadgar ni siquiera aminoró mientras reventaba aquella trampa.

A Gul'dan lo estaban llevando con correa, estaba claro. De ser así, no habría tenido tiempo para dejar rastros falsos. Khadgar siguió corriendo. Podía seguir las trampas de Gul'dan. No era tan mal plan después de todo.

Corredor tras corredor, pasadizo tras pasadizo, Khadgar corrió sin parar. Las trampas de Gul'dan eran endebles, hechas a toda prisa. Khadgar se negaba a aflojar el paso, y eso le salvó la vida cuando una descarga gigante le vino de una dirección inesperada. De haber ido Khadgar un paso por detrás, la lanza de fuego verde le habría perforado el corazón en vez de desgarrarle la parte de atrás de la capa.

Mientras se adentraba en la tumba, Khadgar advirtió las elegantes líneas inscritas en las paredes. ¿Runas arcanas? Era un lugar muy inusual para ellas. Le eran desconocidas, y eran las más avanzadas que Khadgar había visto. Eran inquietantes. Algunas brillaban, lo cual era aún más inquietante. Gul'dan no tenía experiencia con lo arcano.

«¿O sí?». Las ideas se le agolpaban. «¿Qué ocurre aquí?». Este lugar había sido fortificado siglos antes por Aegwynn, la guardiana más poderosa de la historia de este mundo. Lo que hubiera hecho ella estaba mucho más allá de las facultades de Khadgar.

Y ella estaba bajo el influjo de Sargerass cuando lo hizo.

Aquel pensamiento hizo que Khadgar se detuviera en seco. Otra trampa, a solo unos centímetros, vibró y explotó. Se escudó con un gruñido de enojo y no sintió nada. Una de las runas estaba grabada en el techo del corredor. La estudió detenidamente. Sí, nunca había visto algo igual, pero la forma en que se curvaban sus ángulos, el modo en que canalizaba la energía... La intención le resultaba familiar.

Una runa así podía usarse como parte de un cerrojo.

Un cerrojo no, comprendió Khadgar con horror. La runa era una pequeña parte de una llave. Una llave enorme y oculta que yacía en la estructura de la propia tumba. Su complejidad era... cósmica. A Khadgar no se le ocurría otra palabra. Intentar asimilarlo con una sola runa era como intentar estudiar un océano con una sola gota de agua.

—Que la Luz nos ayude a todos —exhaló Khadgar. No era ningún misterio lo que la llave abriría: la Legión Ardiente había intentado crear un portal aquí hacía mucho, mucho tiempo, pero había fracasado. El poder de la Legión había quedado inerte, cualquier erudito del Kirin Tor podría corroborar esa historia.

«Pero la Legión Ardiente debe de saber algo que tú no sabes, o de lo contrario no estaría aquí este títere», Khadgar se recordó a sí mismo.

«¿Creó Aegwynn esta llave intencionadamente? ¿O tal vez Sargerass la manipuló, guiando sus actos de un modo tan sutil que ni se dio cuenta?». Khadgar no lo sabía. Lo único que podía deducir era que esta runa tenía una finalidad deliberada. Si intentaba toquetearla, seguramente la runa bloquearía su poder. O podría volverlo en su contra. Esas cosas tendían a resultar más bien letales.

Echó a correr de nuevo. Gul'dan estaba cerca. Si Khadgar eliminaba al único peón de la Legión en la isla, los planes de los demonios caerían en saco roto.

Los pasadizos torcieron pronto en la misma dirección. Khadgar dejó que lo llevaran hacia dentro, hacia las palpitantes descargas de energía vil. No había más trampas.

Una entrada estrecha y ornamentada llevó a Khadgar a una cámara imponente cuyo techo se perdía en las sombras. Y allí, en el centro, estaba su presa.

Gul'dan estaba en cuclillas, haciendo pequeños gestos sobre una baldosa reluciente. Giró la cabeza y Khadgar vio sus ojos rojos agrandarse con sorpresa.

Khadgar avanzó sin titubeos.

—Ha pasado demasiado tiempo, viejo amigo.

De las manos del archimago brotó una energía letal.

—Qué ganas tenía de encontrarte.

Gul'dan gruñó. —¿De veras?

El fuego verde colisionó con un poder violáceo.

La Tumba de Sargeraz tembló. El combate había comenzado.

©2016 Blizzard Entertainment, Inc. Todos los derechos reservados. Legion es una marca comercial, y World of Warcraft, Warcraft y Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas registradas de Blizzard Entertainment, Inc. en los EE. UU. y/u otros países.